

Janis, su corazón a pedazos

Pablo Espinosa

Ella mira hacia la cámara y sonrío. Su índice derecho señala hacia quien fabrica su retrato: una radiografía, una gráfica de curvas ascendentes y descendentes donde se muestra el vaivén de sus estados mentales.

Toma otro pedazo de mi corazón, si eso te hace sentir bien, dice sonriendo.

No deja de sonreír. ¿Soledad? ¿Mi soledad? ¿Que si me siento sola? No tienes la menor idea del tamaño de ese infierno. Y se suelta a reír.

La fotografía hace todavía más transparente su piel tan frágil, tan blanca, tan delgada. En la parte superior de su brazo izquierdo se notan manchas como moretones. Las pecas pueblan su pecho. Su rodilla derecha está llena de polvo. Ríe porque acaba de retozar como le gusta.

Sola, íngnima y sola.

Janis se siente sola. Está inconsolablemente sola. No puede lograr satisfacción. El monstruo gigante de la ansiedad la devora.

Solamente se siente bien cuando canta y en ese momento toma para sí todo el dolor del mundo, el inmenso dolor de la humanidad, el llanto de la viuda, el suspiro del enamorado pero no correspondido, el hueco en el pecho de los abandonados, los jodidos, los tristes, los pobres, los necios, los iracundos, los rebeldes, los que no encuentran su lugar en el mundo y gime, grita, gutura, vuelve a gemir, lanza alaridos de valquiria al aire y su voz está a punto de romperse y se eleva todavía más en su espectacular desgarramiento y cuando está otra vez a punto de romperse se lleva la mano izquierda al seno de ese lado y grita:

Toma otro pedazo de mi corazón, si eso te hace sentir bien.

Todavía le quedan algunos pedazos de corazón para repartirlos entre los tristes, los necios, los jodidos, los inválidos del alma.

Reparte el corazón a rebanadas, a mordidas, a puñetazo limpio, a grito desgarrado.

Todavía no se le acaba el corazón, apenas tiene 27 años de edad y sabe todo del mundo y sus misterios.

Ríe, no deja de reír. Ríe porque se acaba de acordar, en este momento, del tamaño y el nombre del infierno: Port Arthur, un pueblo polvoso de Texas donde nació el 19 de enero de 1943 y fue una niña muy tímida, extremadamente sensible y su madre, una soprano de voz exquisita, le compró un pianoforte para que la nenita cantara, para que cantaran juntas, hasta que nació su hermana, Laura.

Port Arthur era el infierno, dice Janis, para un rebelde, para alguien quien ama la vida, la cultura, la música, la libertad. Para mí fue el infierno, dice. Y sonrío.

La vida de Janis consistió en un salir y regresar del infierno. Como Orfeo y al mismo tiempo ella misma Eurídice, bipolar, bifronte vibrante, se fue del infierno para siempre regresar.

Solamente no existía infierno cuando Janis cantaba.

Y desde niña cantó, en ese pueblo asqueroso de Port Arthur, donde la fiebre del petróleo había atraído a todo tipo de personas, a todo talante aventurero, a mafiosos, prostitutas, jueces corruptos, por igual que “gente simple y decente”, como consideraban todos en el pueblo a la familia de Janis.

Port Arthur, el infierno, era una de las ciudades del Triángulo de Oro, conglomerado industrial coloreado solamente por el humo de las refinerías, donde se producía más petróleo que en cualquier otro lugar del mundo.

Port Arthur, el infierno, era al mismo tiempo la capital de los casinos y formaba parte de la “cintura bíblica”: un área cultu-

ral extremadamente religiosa, conservadora, intolerante.

Port Arthur, el infierno, era un pantano, un desierto cultural e intelectual, apunta la investigadora italiana Clara Baldi en su excelente libro *Sepolta viva nel blues*.

Port Arthur, el infierno, era un lugar deprimente para un espíritu libre como Janis.

Los padres de Janis: Don Seth Ward Joplin y Dorothy Bonita East se conocieron en Amarillo, poblado cercano al infierno y se trasladaron a él porque al ingeniero Joplin le ofrecieron trabajo en la Texaco. Vivieron en Port Arthur una vida de “moderación y renuncia”.

Moderación y renuncia, ríe de buena gana Joplin y apunta con su mano derecha al de la cámara.

Su primera incursión en busca de la libertad fue meterse a una iglesia, como parte del coro y ahí ganó sus primeros amigos, quienes la recuerdan ahora siempre sonriente, con su desbordada personalidad tan llena de entusiasmo siempre.

Amaba vestir pantalones, costumbre que en los años cuarenta y cincuenta no era usual entre las jovencitas.

Fue una estudiante modelo, diseñadora y redactora del periódico escolar, bibliotecaria voluntaria.

La relación con Dorothy Bonita, su madre, fue de amorodio.

Dorothy Bonita siempre estuvo atenta a la educación de sus dos niñas. Muy severa. ¿El padre? Taciturno y ausente.

En breve Janis se convirtió en una rebelde. Sin embargo, advierte Janis al de la cámara: sus demonios no nacieron en su infancia ni de su familia, sino de su aguda sensibilidad y una profunda inseguridad que emergió durante la primera adolescencia.

La ruptura de la edad de la adolescencia le ocurrió a los catorce años, cuando perci-

bió haber perdido su atractivo. De niña dócil y graciosa se transformó, de golpe, en el patito feo. Así se sentía: como el patito feo. Así se siente ahora y por eso no deja de sonreír, porque sabe que no hay sonrisa fea, que la sonrisa siempre es algo bonito y con una sonrisa en el rostro y la mano izquierda en su pecho ofrece al de la cámara otro pedazo de su corazón.

Se acuerda ahora cómo a los catorce años ganó grasa y perdió gracia y su rostro se cubrió de granos. El acné fue su enemigo siempre, al punto tal que cuando la nombraron reina del rock, lo primero que hizo fue tomar un tratamiento médico radical para ocultar los rastros del acné.

La adolescente Janis no era entonces el tipo de chica con el que los chicos quisieran salir.

Ríe. Señala ahora hacia sus senos, hirsutos los pezones bajo la tela de la blusa, sin brasier. Dice, riendo mucho: en aquella época mi principal problema fue la falta de senos. Ríe.

Fue en ese momento, recuerda, que decidió convertirse, crearse un personaje. Si no podía ser la muchacha bonita con quien todos quisieran salir, sería la rebelde.

En una sociedad donde era fundamental ser la reina de la escuela, su condición la convertiría en una marginada. Sus compañeros le decían “marimacha”, una jovencita poco femenina.

Janis se convirtió entonces en “la diferente”.

Y se hizo amiga, en consecuencia, de otros “diferentes”. Karleen y Arlene Ester, hebreas y, por tanto, excluidas. También se hizo muy amiga de la empleada negra que hacía el aseo en su casa, lo cual causaba celos en su madre.

Janis hallaba consuelo en las personas que sufrían por ser distintas, como ella.

¿Qué pasa?, pregunta Janis al de la cámara: ¿ya te pusiste triste?, ¿estás triste? Oh, querido mío, ven, ven conmigo, acurrúcate en mis brazos. ¿Quieres que cante para ti?, ¿al oído? Va, te cantaré *Cry, Baby*.

Janis sonrío, abraza al de la cámara y le canta, al oído: llora, llora, nene, querido mío, llora, vamos, vamos, vamos, llora.

Janis sonrío y canta al de la cámara: come on, come on, come on, cry baby, cry, cry, cry, baby: ¿la amas pero ella no te ama a ti?

¿Te ignora?

Llora, ven querido mío, llora en mi hombro, llora, vamos, llora, yo sí te quiero, dulzura, yo te quiero, siempre, siempre estaré cerca, siempre estaré ahí, en caso que me quieras, que me necesites, vamos, querido, llora, nadie te amará como yo lo estoy haciendo, ¿quién aliviará tu dolor y también tu angustia? Yo, cariño mío, yo te cuidaré, vamos, querido mío, llora, llora, llora.

Llorar es bueno, dice Janis. Recuerda, sonriendo, lo desdichada que era en Port Arthur. Cuando se fue de casa de sus padres, pero regresó, como lo haría tantas veces en su vida.

Recuerda que en el otoño de 1960 dejó la escuela y se fugó a Houston, donde descubrió el Purple Onion, un local *folk*. Allí bebió tanto alcohol que llegó al agotamiento nervioso. Probó el primero de sus muchos tratamientos de desintoxicación. Y

regresó a Port Arthur, a casa de sus padres, a quienes ayudó económicamente trabajando como mesera pero con la idea penenne de irse para siempre de ahí.

Sus padres hicieron un acuerdo con ella: se podría mudar a otra ciudad siempre y cuando se graduara como secretaria. Superó el examen y se fue a Los Ángeles, donde vivían dos hermanas de su madre, quien buscaba de esa manera controlarla. Pero ella se fugó otra vez, ahora a Austin, donde encontró una comunidad de jóvenes anti-conformistas, como ella y allí, en 1962, en un Concierto Folk Universitario, hizo su debut como cantante.

Descubrir que tenía mucho talento le causó mucha ansiedad.

Amaneció Janis en 1963 inmersa en el vasto movimiento cultural que se desarrollaba en San Francisco, al arte a través de los estados alterados de conciencia.



Janis Joplin



Luego de un año en San Francisco, a Nueva York, al mismísimo Greenwich Village. Sexo, en su condición de bisexual, drogas, alcohol, las divisas de la época. Cuatro meses después, regresa a San Francisco, donde vende anfetaminas y marihuana, entabla una nueva relación amorosa, difícil, todas esas relaciones difíciles, por igual con hombres y mujeres, le causarán depresión y un sentimiento de abandono e insatisfacción que durará por años.

Nuevo regreso al infierno, a Port Arthur, a preparar su boda con Michel Raymond, lo que deviene en una nueva espiral de perdición y locura.

El año de 1965 lo pasa en plena inactividad en Port Arthur. Ahí inició una terapia con el psiquiatra Bernard Giarratano. Pero no le sirvió de nada.

Dos psiquiatras: Gerald A. Faris y Ralph M. Faris, publicaron en 2010 un extenso libro: *Living in the Dead Zone: Janis Joplin and Jim Morrison. Understanding Borderline Personality Disorder* aventuraron: Janis pudo haber salvado la vida si la ciencia médica hubiera avanzado: sufría de un padecimiento que no le fue diagnosticado: *borderline syndrome*, o bien: *borderline personality disorder*.

Janis fue limítrofe.

Vivió al límite. A diferencia de quienes practican deportes de alto riesgo, la adrenalina no le era necesaria para ponerse en peligro. Vivió en la *dead zone*. Más allá del límite.

Sufría de *numbness*, término de difícil traducción si pensamos en el título de una pieza de Pink Floyd: *Comfortably numb*.

Vivir en la Dead Zone para ella era como vivir en un hoyo negro, en el precipicio de la confusión, en una tensión intolerable, consumida por la desolación.

Racionalizaba: soy diferente, una rebelde, tengo un alto sentido de debilidad frente a la injusticia, quiero vivir al tope, el mundo no puede conmigo porque soy diferente. Y sonreía. Y se fugaba. Huía de sí misma.

Creaba turbulencia en su medio ambiente para bloquear, difuminar, enmascarar el horroroso vacío de la Dead Zone.

Por eso era impredecible, intensa, mercurial. Tan indefensa ella.

El consenso es aplastante: lo dice la periodista Myra Friedman, quien la conoció y dedicó 20 años para escribir un libro de 800 páginas titulado *Buried Alive*.

Lo dice también Chris Salewicz en su libro *27: Janis Joplin*, donde reúne el panteón de quienes murieron a los 27 años: Janis, Hendrix, Morrison, Kurt Cobain, Brian Jones.

Lo dice Alice Echols en su libro *Scars of Sweet Paradise. The Life and Times of Janis Joplin*.

Pero, un momento, Janis Joplin no es un caso clínico. Ella es una poeta, una artista extraordinaria cuya misión consistió en tomar todo el dolor del mundo y cantarlo, expresar el blues de una manera diferente,

cantar para quien sufre, para los mortales. Para nosotros.

Ella, Janis, es la Bruja Cósmica. La de gran poder emocional, la que lo intentaba y lo intentaba y lo intentaba: “but it don’t make no difference, babe / ‘cuz I know I can always try”.

Su voz no sólo es rasposa, gutural, sino que es capaz de deslizar asombrosos armónicos, *glissandi*, triadas, acordes de tres notas.

Soy bruja cósmica, decía, porque tengo el poder de transformar la tristeza en alegría, de percibir el blues cósmico, convertir la rabia y la alegría en música, cantar al amor no correspondido. Y confortar a los demás, aunque tuviera que tomar whisky barato que no lograba confortarla: Southern Comfort era la marca del whisky.

La Bruja Cósmica dejó el cuerpo físico tirado, semidesnuda, en un motel de Hollywood. Dos semanas antes había muerto, en Londres, Jimi Hendrix.

Janis estaba grabando un disco que quedó póstumo y lo titularon *Pearl*, en su honor. La Bruja Cósmica. La Perla cósmica. La joya devorada por la pasión.

Y dejó congelada para siempre en la mente de los humanos su imagen en escena: perla sublime, bruja sublime. Cósmica.

Está frente al micrófono de manera semejante a como está frente a la cámara: sonríe, señala con la mano derecha a quien la escucha y le sonríe y le ofrece:

Toma, ten este otro pedazo de mi corazón. Te hará sentir bien. **u**